

Ischagge, dependiente de Abbikuta, y poblado de catequizadores cristianos, estaba rodeado y fue atacado de noche por un cuerpo de tropas dahomeyanas, y todos los habitantes que no fueron degollados en el mismo sitio fueron arrastrados, cargados de cadenas á los parques de esclavos de Bahadu. Cuál fue el paradero de aquellos desgraciados, vamos á saberlo.

III.

Narracion de M. EUSCHART, negociante holandés, recogida en Petit-Popo, el 6 de agosto de 1862, por el comandante T. L. PERRY, del buque de S. M. Británica el *Griffin*, y dirigida por él al gobernador inglés de Lagos.

«A mediados del último junio me hallaba en Wydah, adonde me habian llamado asuntos de comercio.



Victimas arrojadas al pueblo dahomeyano desde la plataforma real.

El 24 del mismo mes recibí con gran sorpresa y disgusto el baston de honor del rey de Dahomey, acompañado de la invitacion imperativa de trasladarme sin demora á Abomey. No omití pretextos, ni excusas, ni esfuerzos de ninguna especie para evitar este viaje, pero en vano. Los cabeceros de Wydah me declararon abiertamente que si no obedecia las órdenes del rey, trasladándome voluntariamente á Abomey, seria llevado allí como preso. En consecuencia, el 26 de junio salí de Wydah en una hamaca llevada por seis hombres y seguida de una escolta de soldados dahomeyanos. El mismo dia llegué á Allada, antigua residencia de los reyes de Dahomey.

«Salí de Allada al dia siguiente, y al otro dia tuve que atravesar los pantanos de la Lama que afortunadamente en aquella época del año contenian poca agua. Despues de un breve descanso en Cana, llegué el 28 por la tarde á los arrabales de Abomey, donde se me habia dispuesto una habitacion bastante cómoda, en la cual permanecí todo el dia siguiente, con la recomendacion espresa de no salir de ella, sobre todo durante la noche. El 29 se me hizo pasar al recinto fortificado de la ciudad por la puerta Real, donde se hallaban para recibirme dos de los principales capataces, que me saludaron profundamente y me dijeron: El rey nuestro amo no ha visto jamás á un holandés,



El pueblo disputándose las cabezas de las víctimas.

y ninguno tampoco habia visto nunca su difunto padre. Ahora que tenemos una multitud de cautivos para sacrificar á los dioses, nos consideramos muy felices al ver á un holandés.» Despues de este exordio me obligaron á beber con ellos cuatro veces seguidas, á la salud de su soberano, y luego ejecutaron en torno mio una especie de danza salvaje acompañada de cantos y tiros de fusil. Conducido en seguida al palacio del rey, fui recibido por el primer ministro, que me dijo que el príncipe me daría audiencia al día siguiente.

El 1.º de julio hallé á S. M. Bahadu sentado delante de su palacio bajo un dosel elevado y rodeado de un destacamento de amazonas. Saludé á la europea al monarca, el cual se levantó, me cogió las manos, me dijo que se alegraba mucho de ver á un holandés y continuó hablándome en portugués por espacio de diez minutos á lo menos. Terminó invitándome á volver á mi alojamiento y á no salir de él por espacio de tres días.

»El 5 de julio fui conducido con gran pompa á la plaza del Mercado, donde se me dió conocimiento de que un gran número de infelices habian sido degollados la noche precedente. El primer objeto que hirió mi vista en aquel teatro de horror fue el cuerpo de M. Doherty, esclavo liberto, y últimamente ministro de la Iglesia anglicana en Ischagga. Estaba crucificado contra el tronco de un árbol gigantesco, con una bisagra de hierro que atravesaba su cabeza, otra en el pecho, y grandes clavos que fijaban sólidamente en el árbol sus pies y sus manos. Por una amarga ironía, su brazo izquierdo estaba encorvado de manera que sostuviese una ancha sombrilla de algodón.

»Desde allí se me condujo hácia una alta plataforma donde tenia su trono el rey, y desde la cual S. M. dirigía á su pueblo lo que podría llamarse una predicación de guerra, prometiendo conducirlo en noviembre al ataque de Abbikuta. Acabada la peroración, se distribuyeron á la multitud cauris, vestidos y abundancia de rom.

»Delante de la plataforma y á todo lo ancho de la plaza estaban alineadas dos hileras de cabezas humanas, frescas y sangrientas, y todo el piso del mercado estaba saturado de sangre. Estas cabezas eran las de cierto número de cautivos procedentes de la toma de Ischagga, que habian sido degollados la noche anterior despues de haberse apurado en ellos el arte diabólico de los tormentos.

»Cinco días trascurrieron, durante los cuales se me tuvo confinado dentro de mi casa, con prohibición espresa de aventurar un paso ó una mirada fuera, luego de puesto el sol. El 10 de julio todo el territorio de Abomey fue conmovido por un violento sacudimiento de terremoto (supe despues que se habia es-

tendido hasta Acara), y desde por la mañana fui conducido de nuevo á la plaza del Mercado, donde hallé al rey sentado encima de la plataforma en medio de sus eternas amazonas. Me dijo que lo que yo tomaba por un terremoto no era mas que el espíritu mismo de su padre, que se quejaba del poco rigor con que se procedía á la celebracion de los *Tributos* antiguos y sagrados. Despues mandó acercar á tres jefes ischagganes, especialmente encargados por él de ir á decir á su padre que los Tributos serian en lo sucesivo observados mas severamente. Cada uno de aquellos desgraciados recibió de la mano del rey una botella de rom y una sarta de cauris... y los tres fueron inmediatamente decapitados.

»Se trajeron en seguida veinticuatro cuévanos ó cestones, y en cada uno de ellos habia un hombre que no sacaba mas que la cabeza. Se les alineó un instante en presencia del rey, y luego uno tras otro fueron precipitados desde lo alto de la plataforma á la plaza donde la multitud, bailando, cantando y ahullando, se disputaba aquella presa como en otras comarcas, se disputan los niños la gragea de un bautizo. Todo dahomeyano bastante favorecido de la suerte para coger una víctima y serrarle la cabeza podia ir en el acto á cambiar aquel trofeo por una sarta de cauris (unos 2 francos 50 céntimos), y solo cuando la última víctima fue decapitada y dos pilas sangrientas, una de cabezas y otra de troncos mutilados se hubieron levantado á los dos extremos de la plaza, se me permitió retirarme á mi alojamiento.

«... Durante todo el día siguiente se me obligó á recorrer los demás barrios de la ciudad, que habian sido todos á la vez teatro de escenas análogas. El 12 de julio empecé á respirar; se demolieron las plataformas y el programa de la fiesta pareció haberse reducido á cantos, bailes y descargas de armas de fuego. Diez días hubo en que no se ofrecieron sacrificios humanos; ¿pero sucedió lo mismo en las diez noches intermedias? Motivos tengo desgraciadamente para no creerlo.

»El 22 de julio se me obligó á ser testigo del *Gran Tributo* en el palacio del difunto rey, cuya puerta de entrada flanqueaban dos altas plataformas. En cada una de ellas habia diez y seis cautivos y cuatro caballos; y un número igual de caballos, un cocodrilo y diez y seis mujeres estaban colocados en una tercera plataforma, en el patio interior de la habitación. Hombres y mujeres, capturados en Ischagga, habian formado parte de aquella emigración de esclavos libertos que hacia algunos años habian llegado de Sierra-Leona en el Yarriba; todos estaban decentemente vestidos á la europea.

»Cuando aquellos infelices, sentados, ó por mejor decir, encadenados en groseros asientos, estuvieron colocados alrededor de tres mesas (una para cada

grupo), se puso delante de cada uno de ellos un vaso de rom, y el rey, subiendo á la plataforma mas elevada, adoró solemnemente sus ídolos nacionales, y se inclinó delante de los cautivos, á quienes se desató entonces el brazo derecho para que pudiesen coger los vasos de rom y beber á la salud del monarca que les entregaba á la muerte. Terminada esta parte del ceremonial, se pasearon en procesion los vestidos y adornos del difunto rey Ghezo. Empezó despues la gran revista de las tropas dahomeyanas, y Bahadu arengó á cada cuerpo en particular en el momento del desfile, prometiéndoles á todos el saqueo de Abbikutah para el mes de noviembre. La mayor parte de los soldados llevaba armas de fuego. Un batallón de preferencia estaba dotado de *carabinas rayadas*; pero la gran mayoría no tenia mas que fusiles de chispa. La artillería consistía en veinte y cuatro cañones de á doce, y una perfecta disciplina parecia regular todos los movimientos de aquel ejército, cuyo número total no bajaba de cincuenta mil combatientes, entre ellos diez mil amazonas. Terminada la revista, los tres grupos de cautivos fueron decapitados, ó por mejor decir, se les *serró la garganta* con cuchillos mellados. Los caballos y el cocodrilo fueron degollados al mismo

tiempo y los sacrificadores procuraron con mucho esmero que su sangre se mezclase con la de las víctimas humanas.

»Cuando nada mas hubo que matar en Abomey, se me permitió salir de aquella ciudad, y no necesito decir cuán aliviado me sentí de un enorme peso y cuán de prisa salí de aquella capital de verdugos, cuyo jefe, en su munificencia, como indemnización de mi mudanza y gastos de viaje, me hizo entregar ocho sargas de cauris (unos 24 francos), una pieza de tela de algodón y un frasco de rom.»

NOTA.—El mes de noviembre ha trascurrido sin realizar las esperanzas sanguinarias de Bahadu. Los rios, salidos de madre por las lluvias del equinoccio, han puesto provisionalmente Abbikutah al abrigo de sus amazonas, y en el momento de entrar estas páginas en prensa, acabamos de saber que el comandante de la escuadra inglesa de los mares occidentales de Africa se ha trasladado á Abomey para significar al hijo de Ghezo el veto británico. Cualesquiera que sean los términos y resultados de su mensaje, la humanidad debe estarle agradecida.

quedado de cuanto poseia, y aun este poco parece que no le ha pertenecido nunca legítimamente. Tanto es lo que ha pedido prestado á Asiria, Egipto y Grecia.

Las escavaciones que mas adelante debian ejecutarse con el generoso auxilio del ejército en cuatro puntos á la vez, en Saida (Sidon), Sour, (Tiro), Amrit (Marato) y Djebel, empezaron en esta última ciudad.

Djebel, cuyo nombre fenicio es Gebal y cuyo nombre griego es Byblos, menos dichosa que Sidon, la cual siempre ha conservado cierta importancia, ha caido en un estado de abatimiento difícil de comprender. Los giblytas, célebres por su ciencia arquitectónica, han olvidado de tal modo el trabajar la piedra, que hoy dia se ocupan sin cesar y con mas constancia que éxito, en fundir las antiguas columnas de granito de que su ciudad está llena, y que ellos creen que son de metal. Cuatro mudzellines han reemplazado en el ejercicio del poder á los ancianos y á los sacerdotes que mandaban en Gebal. Yo no sé lo que podria ser el gobierno de aquellos, ni si lo ejercian con dignidad: sus sucesores, que cuentan el pugilato en el número de sus estudios políticos, no administran mas que á puñetazos y vuelven con frecuencia á su casa con algunos dientes de menos y un ojo vaciado. Solo de este modo es como en Siria los honores trasforman á los hombres; quedan moralmente tan nulos los que administran como sus administradores.

Desde el tiempo de los Antoninos, Djebel no ha vuelto á hallar su antiguo esplendor. Ha experimentado muchos contratiempos: la guerra y la albanilería, dos plagas para la arquitectura antigua, han destruido sucesivamente sus monumentos. Fue tomada por los Zimišces, por los árabes y por los cruzados; los genoveses se establecieron en ella. Recobrada por Saladino, pasó en seguida al poder de los turcos, lo que es seguramente para una ciudad como para una nacion el mas humillante de los desastres.

Hacia la mitad de noviembre de 1860, la compañía del 16º batallon de cazadores de infantería puesta al servicio de la mision por el general comandante en jefe de la expedicion, hacia su entrada en la ciudad sagrada de Adonis. Desde aquel dia, en 1266, en que la guarnicion cristiana se escapó de noche por una puerta secreta que todavia existe en el muro Norte de Djebel, la ciudad no habia visto soldados franceses. Marchaban al paso de sus cornetas, y el musulman Mustafá Gannum, uno de los cuatro gobernadores, único resto del viejo partido de Saladino, se inclinaba al verlos pasar.

Byblos, que en otro tiempo ocupaba una pequeña altura á la orilla del mar, está hoy dia establecida en

una de esas zanjas poco profundas, que en Normandía se llaman *avalleux*. Una torre, ó por mejor decir, una fortaleza, una de las mas bellas que posee la Siria, construida sobre el área de la ciudad antigua, dominaba la ciudad de las cruzadas, á la que ha sucedido la Djebel moderna. Djebel es casi enteramente una ruina: cada invierno derriba alguna de sus casas; el huracan juega con ellas como un niño con sus juguetes; los cielos rasos se hunden, las murallas se descoyuntan; pero por una fortuna particular del pais, no se desploman jamás sobre la cabeza de ningun transeunte. Me ha sucedido, estando un dia en una aldea del Líbano, oír de repente un ruido espantoso: mi huésped asomándose á la ventana me dijo: «No os asusteis, no es nada; es la iglesia que se ha hundido.»

El bazar ó mercado de Djebel está situado fuera de su viejo recinto: es una calle que tiene á ambos lados algunas pequeñas tiendas, que ofrecen el aspecto de cajas, cubierta á trechos por gruesas esteras para impedir que penetre el sol, y á cuya entrada, á la derecha, se estiende el cementerio. El puerto apenas tiene agua para las siete ú ocho barcas pescadoras que posee la ciudad: está materialmente embaldosado de cañas de columnas de granito, restos de los templos antiguos. Dos torres construidas en la edad media, cuyas murallas dejan ver en todas direcciones fragmentos de sarcófagos romanos, guardan la entrada. Desde el sitio donde están construidas, Djebel presenta, á mi parecer, un aspecto encantador: sus casas medio arruinadas, ó que parecen estarlo, descienden de los dos lados de la barranca hasta el centro de los jardines, mezcladas con los árboles ó escondidas detrás de los setos. A la izquierda se ve la cúpula de la iglesia de San Juan, contemporánea del castillo; delante de ella la ciudad en anfiteatro, el puertecillo, donde están ancladas las falúas, y á lo lejos las cimas cónicas del Líbano, y dominando el paisaje y la ciudad, una torre enorme, no negra y triste como las ruinas de nuestro pais, sino resplandeciente y de un color fresco, que destacándose por la mañana vigorosamente sobre el cielo, se presenta dorada por la tarde por el sol poniente.

El pais cristiano en que está construida Djebel fue en 1855 trastornado por una revolucion que espulsó á los jeques sus antiguos amos. Hasta entonces permaneció sin autoridades, y los diversos poderes que se disputaban la Siria, el bajá turco, el caimacan, los beyes de la montaña, etc., etc., enviaban á las ciudades un delegado que las representaba; así es que Djebel tenia cuatro, es decir, lo menos tres mas de los que necesitaba.

En ninguna parte tal vez el arte antiguo ha sido menos respetado que en Byblos. Sus edificios han servido para hacer casas, sus necrópolis han sido vio-

ladas en todas épocas. Hace siglos que hay en Siria hombres que andan á caza de muertos: el muerto es una caza tímida, sobre todo cuando pertenece á la especie fenicia, y los giblytas tienen, para encontrarla, una maravillosa destreza. Por lo demás, es preciso convenir en que las generaciones pasadas no se han tratado ellas mismas con mucho respeto. Cuando los muertos fenicios estuvieron dormidos para siempre en las grutas sepulcrales, que se habian cavado, los muertos griegos buscando alojamiento, no encontraron nada mejor que echar de las necrópolis á sus propietarios legítimos, y despues de haber hecho en ellas algunas reparaciones de buen gusto, tomar sus puestos y acostarse en sus lechos. Los muertos romanos á su vez, que no querian permanecer al aire, trataron á los griegos como estos habian tratado á los fenicios, con un desden inconveniente para los muertos. Los muertos cristianos hicieron lo mismo con los romanos idólatras, y las sepulturas se convirtieron en ventas. Únicamente los muertos musulmanes no osaron entrar en sus subterráneos, de miedo de no poder salir el dia del juicio.

La llegada de la compañía y el principio de las escavaciones fueron pretexto de fiestas y fantasías. Los giblytas se armaron con toda clase de armas, quemaron pólvora, hicieron evoluciones militares: nos encontramos en plena paz, y ordinariamente en estos momentos es cuando los cristianos del Líbano procuran mostrarse guerreros. El valor está al orden del dia: se hace una carnicería de drusos imaginarios, y se persiguen musulmanes abstractos. Es un cipizape espantoso, es una embriaguez inaudita: se cree uno en medio de un castillo de fuegos artificiales; las pistolas se disparan ellas solas; caballos fantásticos os pisan. Los ginetes agitando largas lanzas, entran á escape por entre la muchedumbre; los sables se blanden, buscando en el aire cabezas que cortar; los fusiles (fabrica de Lieja), comprados por 10 ó 12 francos en Beirut, estaban cargados hasta la boca, y como si hubiesen querido así demostrar su alegría, los resortes se hacian pedazos, los cañones reventaban, las cajas se hendian con un estruendo que hubiera sido difícil pedir á armas de mas precio. Yo ví un hombre tirar todo el dia con un fusil, que cada vez que lo disparaba, hacia saltar su llave al suelo: el tirador iba tranquilamente á buscarla, la gobernaba de nuevo y continuaba el fuego. Estas demostraciones, por ser muy vivas, no eran mas sinceritas, y este entusiasmo, bien que tomaba la forma de una enagenacion mental, y quizá por esta misma razon, no era muy real. Ningun sentimiento, si no es el personal, es muy profundo en Oriente. El Oriente no se cuida mas que de la forma: es el pais de Brid'oison. Hombres y cosas tienen dos caras: la una destinada á ser vista, la otra á estar oculta. El

mas insignificante pastor tiene una actitud bíblica: de lejos se cree ver á Abraham; de cerca es un mendigo vestido de harapos; hay patriarcas de veinte años. Virtudes y sentimientos son como sus vestidos. Yo he tenido ocasion con frecuencia de examinar los trages de los príncipes del pais: por lo exterior un paño fino, lustroso, bordado de oro; por forro un trapo comun, sucio y hecho pedazos. Se ha dicho que la Rusia era una fachada; el Oriente es el vestido de un emir; — ¡cuidado con el forro! — Todo es apariencia, y el sol mismo tiene dos caras.

La llegada del ejército francés habia puesto fin á los asesinatos que durante el verano de 1860 ensangrentaron la Siria.

Los desdichados cristianos estaban todavia, en el momento que comenzaron los trabajos de la mision, hacinados en las ciudades de la costa, donde la guerra les habia obligado á buscar un refugio. Hacia ya mucho tiempo que yo en Siria habia visto sus casas arruinadas y los cadáveres de un gran número de ellos amontonados en sus aldeas destruidas.

La Puerta, á pesar de su severidad aparente, se esforzaba en proteger á los drusos. Su connivencia era palpable; no solo no reclamaba mas que blandamente la indemnizacion debida á los cristianos, sino que continuaba abrumándoles con impuestos: hacia partir convoyes de degolladores á Stambul; pero en lugar de enviarlos á presidio, como estaba convenido, los incorporaba en sus regimientos siempre incompletos. El ejército y el presidio se mezclaban de tal manera, que no se sabia, encontrando un soldado aislado en el campo, si era un presidiario licenciado ó un soldado que habia roto la cadena.

Fuad-Bajá, que dirigia todas estas operaciones con una habilidad que no admite censura, aparentaba tratar de ligero las cuestiones mas graves.

Decia un dia á uno de mis amigos: «Vea usted, amigo mio, drusos, musulmanes, métualis, maronitas, yo los meto todos en un saco, y añadió riendo, no tengo mas que una pena, no poder arrojar este saco al mar.»

Ciertamente, si una potencia honrada cualquiera hubiera podido realizar este deseo, para desembarazarse de todo lo que habia hecho un papel poco honroso en los asesinatos de 1860, no dudo que hubiera encontrado en el mismo saco un rinconcito para el ministro otomano.

II.

Poblacion de la Siria.—Escavaciones practicadas en Byblos.—Resultados.—Vida de la compañía de cazadores en Djebel.

La Siria es tal vez el pais en que mas razas y religiones diferentes se han reunido en mas pequeño espacio.